

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID

EL MANUSCRITO
DE
UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS

POR

D. Eusebio Planas

Cuaderno 37 de ocho entregas

MADRID

JOSÉ ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle de las Hileras, número 14

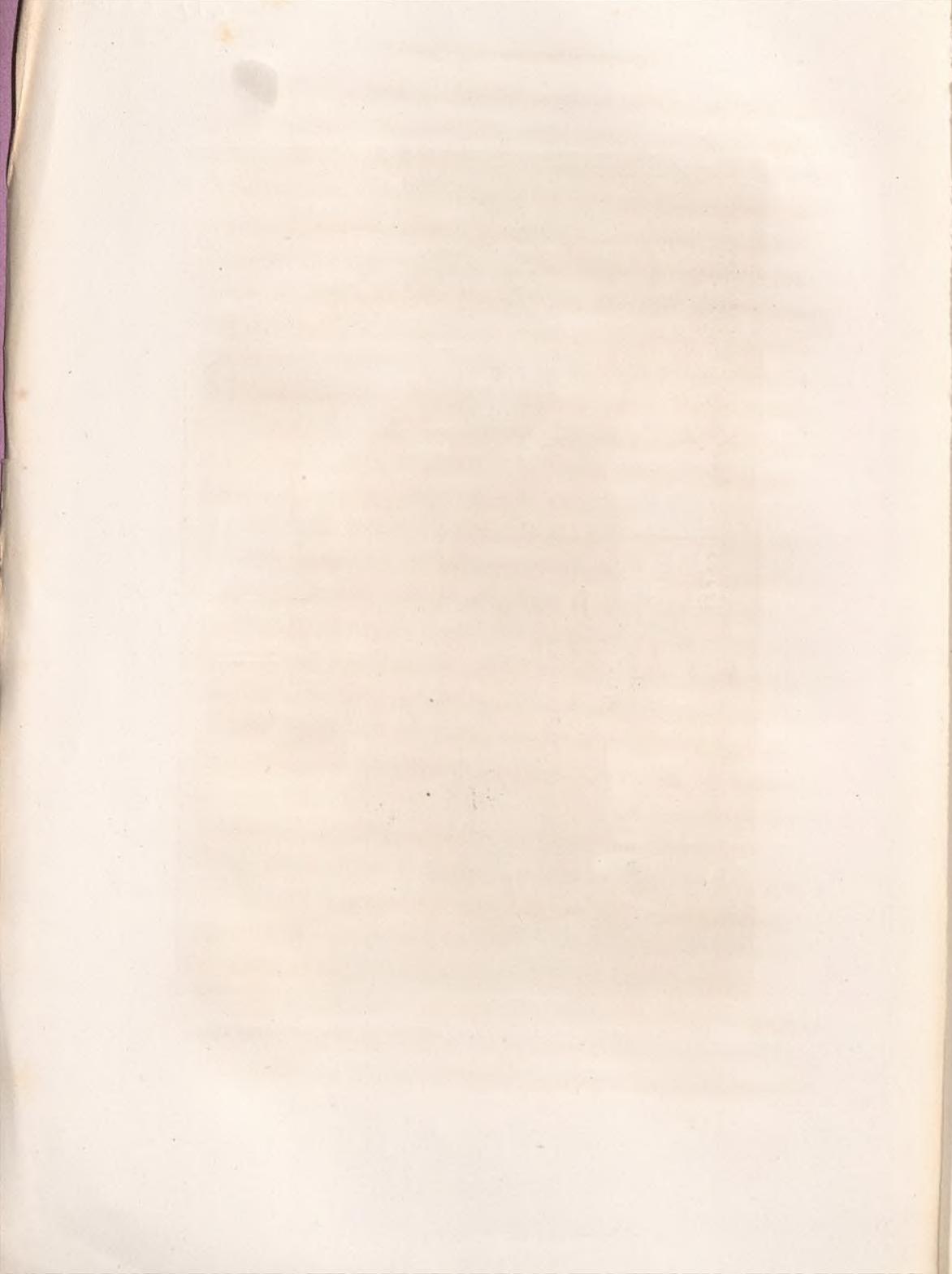
1873

L47
2253

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS



El llanto es un consuelo . . . dichosos de los que lloran .



—¡Dadme agua; tengo una sed rabiosa.

Don Joaquin corrió hacia la alcoba, mientras Ventura disponia una de las tisanas recetadas por el médico.

En la mirada vaga y fija de Ernesto comenzaban á notarse los primeros síntomas de la fiebre. Sin embargo, reconoció á su tío y le dedicó una sonrisa.

Don Joaquin, recordando la recomendación que le habia hecho Ventura, no se atrevió á reconvenir á su sobrino; quedóse mirándole con fijeza y le puso con cariño paternal una mano sobre la frente.

Aquella frente ardía.

—Buenos dias, querido tío,—dijo Ernesto, procurando disimular el sufrimiento.

—¡Ah! ¿qué has hecho, hijo mio, qué has hecho?

—Esto no vale nada. Algunos dias de cama, y despues... Pero, por Dios, dadme agua; me abraso de sed.

Ventura entró en la alcoba con una copa en la mano. Ernesto se incorporó exhalando un gemido; al mismo tiempo cogió la copa y la apuró de un solo trago.

—¡Ah! ¡qué hermoso es beber cuando la sed abrasa la garganta!

Y Ernesto, dejando caer la cabeza sobre las almohadas, cerró los ojos dulcemente.

Don Joaquin permaneció algunos instantes contemplándole en silencio, y creyendo que el enfermo deseaba dormir, hizo una seña á Ventura, y ambos salieron de la alcoba.

Don Joaquin condujo al ayuda de cámara de su sobrino á un extremo de la habitacion.

—Vamos á ver,—le dijo;—yo necesito que me digas todo lo que ha sucedido. Tú lo debes saber; conque habla si quieres reconciliarte conmigo.

Ventura comprendió que era preciso tener contento á don Joaquin, y le dijo todo cuanto sabia; es decir, que Ernesto se habia batido á pistola aquella mañana con Julio de Monforte, y que el médico al reconocer la herida habia dado pocas esperanzas de poderle salvar.

Don Joaquin escuchó á Ventura con profundo interés, y como aquella desgracia inesperada le affigia sobre manera, de vez en cuando, cogiéndose las sienes con las manos, murmuraba en voz baja:

—Es una locura, es una barbaridad batirse.

—Sí, dice usted bien, señor; pero ya ¡qué remedio tiene! ahora lo importante es ver el modo de salvar al señorito Ernesto.

—¿Y tú crees que el médico que le ha hecho la primera cura es hombre de saber y de crédito?

—Es uno de los mejores médicos de Madrid; tiene una gran reputacion; se le conceptúa el primer operador de la facultad.

—¿Y cómo se llama?

—Don Rogelio Mendez.

—¡Ah! sí, le he oido celebrar mucho. ¿Y dices que vendrá á las doce?

—Sí, señor.

—Entonces voy á esperarle aquí. Sube y dí á mi leal Zulma que baje á hacerme compañía.

—Sobre esa mesa se halla escrito por el doctor

Mendez el plan que debe seguirse para asistir al herido.

—Bien, bien,—dijo don Joaquin, acercándose á la mesa y leyendo para sí el diagnóstico del doctor Mendez.

Ventura salió de la habitación; avisó al negro Zulma, y luego, recordando los temores de su amo el joven baron de Labra, de que á su tio, que no habia amado nunca, se le ocurriera casarse á la vejez, defraudando sus esperanzas, se sonrió maliciosamente y dijo:

—Con dificultad existirá en Madrid una mujer más hermosa y más provocativa que Marieta la bailarina; es preciso que esa preciosidad femenina venga á ver al herido, y que don Joaquin la conozca. ¡Quién sabe, esta es una intriga que yo medito, y que pudiera redondear mis negocios; porque dice el proverbio, *que el hombre es fuego y la mujer estopa, viene el diablo y sopla!*... Yo puedo representar aquí el papel del diablo; manos á la obra. Vamos á dar cuenta á la hermosa bailarina de todo lo sucedido, y á aconsejarla que no sea ingrata con su amante, que se halla luchando entre la vida y la muerte.

Mendez el plan que debe seguirse para asistir al herido.

—Bien, bien,—dijo don Joaquín, acordándose á la mesa y leyendo para sí el diagnóstico del doctor Mendez.

Ventura salió de la habitación; avisó al negro Rufina, y luego, recordando que es de su amo el joven patron de Labas, de que — un tío, que no había amado nunca, se le ocurriera casarse á la vejez, defendiendo sus esperanzas, se sonrió maliciosamente y dijo:

Donde Ventura prepara el terreno

hermosa y más provocativa que Marieta la bailarina; es preciso que esa preciosa feminea venga á ver al

—Cuando el coronel Carranza llegó á casa de Marieta la bailarina, esta al verle entrar no pudo contener un grito de espanto, diciendo al mismo tiempo:

—Cuando Ernesto no viene en persona á tranquilizarme, es que lo han muerto.

—Afortunadamente no lo han muerto, pero desgraciadamente está herido,—contestó el coronel, dejándose caer en una butaca.

Los lloros, los gemidos, las lamentaciones de Marieta comenzaron, y no costó poco trabajo al coronel Carranza el tranquilizar á la bailarina.

Fué preciso contarla detalladamente todo cuanto habia ocurrido. Carranza no ocultó nada, ni la gravedad de la herida de Ernesto, diciéndola por último:

—Amiga mia, el mal ya no tiene remedio. Estas son cosas de los hombres. Todas las lágrimas, toda la desesperacion de usted, no prolongarán un solo segun-

do la vida de Ernesto, si está decretado que muera. Pero él es jóven, es robusto, y su herida está á cargo de uno de los mejores médicos de Madrid. Debemos, por consiguiente, tener alguna esperanza. Yo pondré á usted al corriente de todo cuanto acontezca; la daré parte todos los dias del estado del enfermo, y si desgraciadamente no podemos salvarle, tiempo ha de quedarnos entonces para llorar su pérdida. Así pues, le aconsejo que se tranquilice y que descanse. Hemos pasado la noche en vela, y tanto á usted como á mí nos hace falta el reposo. Supongo que las señoritas Max y Pitt se habrán ido á dormir. ¡Dichosas ellas, que descansan en brazos de Morfeo de las fatigas de la noche pasada!

Marieta escuchaba llorando en silencio al coronel, tendida en un divan. Aquellas palabras no le producian ningun consuelo; tal vez no las oia, porque Marieta en aquel momento amaba de veras á Ernesto.

Ernesto, por otra parte, era un amante jóven, rico, desprendido, y las mujeres como Marieta saben apreciar lo que valen hombres como el baron de Labra.

El coronel, comprendiendo que lo mejor para tranquilizar á aquella mujer era dejarla sola, se despidió, no sin repetirla de nuevo algunas palabras de consuelo.

Marieta se quedó sola. Sus dos amigas se habian retirado temprano á sus casas á descansar, porque ni á Margarita ni á Laura les interesaba lo bastante Ernesto para sacrificarle un dia de sueño despues de una noche de orjía.

Pero la bailarina permaneció poco tiempo sola: su

doncella entró á anunciarla que Ventura, el ayuda de cámara del baron de Labra, deseaba verla.

Ventura, como recordarán nuestros lectores, era un *gaterilla* de Madrid, dispuesto siempre á aprovecharse de las ocasiones.

Llevaba su plan perfectamente combinado, y esperaba que Marieta se uniera con él para explotar una gran mina.

Ventura fué introducido en el gabinete de la bailarina.

Aquella mujer, con el cabello suelto, el traje descompuesto y los ojos enrojecidos por las lágrimas, estaba más hermosa que nunca.

Ventura vaciló un instante, dudando si seria aquel momento oportuno para revelar su plan á la bailarina; pero esta vacilacion duró poco, pues recordando que las palabras suelen enredarse como las cerezas, ellas deberian abrirle el camino para conducir la conversacion donde deseaba.

—¿Conque está gravemente herido?

—Sí, gravemente,—contestó Ventura exhalando un suspiro.—Y no hay que hacerse ilusiones, de cien probabilidades, hay noventa y nueve de muerte.

—¡Dios mio, Dios mio, qué desgracia!

—Sí, una desgracia muy grande. Y yo, que sé lo que usted ama á mi señorito, me he apresurado á venir para darle cuenta de este malhadado lance.

—Gracias, Ventura; pero el coronel Carranza acaba de marcharse de aquí y me lo ha referido todo.

—¿Yo supongo que usted deseará ver á mi amo?

Porque él, al recobrar el conocimiento, el primer nombre que ha pronunciado ha sido el de usted.

—¡Oh! sí, deseo verle, asistirle, pasar á su lado todas las horas que le quedan de vida. ¿Pero será eso fácil?

—Yo lo arreglaré de modo que lo sea.

—Entonces le viviré á usted eternamente agradecida. Pero como he oido decir que el tío de Ernesto era un hombre raro...

—Al contrario, señorita: si don Joaquin es mejor que el pan. Figúrese usted un hombre que cuenta los millones por cientos, con un excelente corazón, fresco y sano á pesar de sus sesenta años. Uno de estos viejos que siempre tienen la sonrisa bondadosa en los labios, que ama á su sobrino como á un hijo, y que estoy seguro que, al verla á usted junto á su lecho prodigándole los consuelos de que es susceptible una mujer enamorada, acabará por amarla á usted como á una hija, y quién sabe, si siendo él solo en el mundo y sin parientes directos que tengan derecho á su inmensa fortuna, acabará por nombrarla á usted su heredera, ó por casarla con Ernesto en el caso de que se salve.

Ventura pronunció todas estas palabras con indiferencia, pero con mucha pausa, como si deseara que ni una sola quedara desapercibida para Marieta.

La bailarina le escuchó con interés, y sin duda debió parecerle muy lógica y natural una parte de aquel relato, transmitiendo á su enamorado corazón alguna esperanza, pues preguntó precipitadamente á Ventura cuándo podría ver á Ernesto.

—¿Trabaja usted esta noche?—preguntó Ventura.

—No; la tengo libre, y mañana también.

—Entonces espéreme usted al oscurecer, que yo vendré á buscarla: creo conveniente antes preparar al tío de mi señorito.

Marieta, agradecida del interés que por ella se tomaba Ventura, se quitó una de las sortijas que llevaba, y se la dió como un recuerdo suyo.

Ventura aceptó aquella fineza, que aumentaba su fortuna lo ménos en mil reales, y volvió á ofrecer á Marieta que á la caída de la tarde iría á buscarla. Luego salió de casa de la bailarina satisfecho del modo cómo habia empezado su alianza con ella.

Regresó precipitadamente al palacio de la Fuente Castellana, llegando á tiempo para anunciar á don Joaquin al médico don Rogelio Mendez.

El doctor Mendez, despues de visitar al herido, cuya cabeza, efecto de la fiebre, comenzaba á divagar, se afirmó en su primer tratamiento, contestando á las interesadas preguntas de don Joaquin, que nada bueno podia esperarse de aquella herida.

—El proyectil ha hecho mucho daño, y sería prematuro querer asegurar ahora las consecuencias que pueda tener. Es preciso dar tiempo al tiempo.

Don Joaquin, como todos los ricos que ven en peligro la vida de un sér querido, dijo que no se evitara gasto alguno por salvar á su sobrino.

—Amigo mio,—le contestó Mendez sonriéndose,—el dinero es bueno y útil en muchas ocasiones; pero la historia no ha consignado aún el nombre del rico que

ha tenido bastante oro para detener á la muerte. La herida del baron es grave, gravísima, y nada tendria de particular que, al levantar el apósito, encontráramos la herida cicatrizada; pero los pulmones enfermos.

—De manera que usted cree que las consecuencias...

—Pueden ser fatales; pero no perdamos las esperanzas.

—Yo encargo á usted, señor Mendez, que no abandone á mi sobrino.

—Tengo un vivo interés en salvarle. Todos mis enfermos me son queridos, porque en devolverles la salud se funda mi reputacion.

—No le detenga á usted un rasgo de delicadeza, y venga á verle tres veces, cuatro, seis, si es preciso, todos los dias.

—Vendré á verle siempre que lo crea conveniente. Yo no cuento el número de visitas, caballero.

Y el doctor Mendez salió del gabinete, encargando que se siguiera el tratamiento que habia indicado por la mañana.

A la salida del médico siguieron algunos momentos de silencio.

Don Joaquin se paseaba por la habitacion. Zulma el negro, de pié junto á la chimenea, seguia con la mirada todos los movimientos de su amo. Ventura, sentado junto á la cama del herido, cuidaba de él.

De pronto don Joaquin se detuvo delante del negro, y cruzando los brazos sobre el pecho, le dijo:

—¿Qué opinas tú de lo que acaba de decir el médico?

—Opino muy mal, señor, muy mal. —Sí, eso digo yo, que Ernesto debe estar muy malo, y como la herida, según parece, va á ser de larga duracion, ¿qué diablos vamos á hacer nosotros, que no sabemos más que fumar, cuidando un enfermo que tanto esmero y delicadeza necesita? Aquí hacen falta una ó dos mujeres que no se separen de la alcoba de Ernesto. Nadie cuida mejor á los enfermos que las mujeres.

—¡Oh, sí, sí, las mujeres cuidan muy bien á los enfermós!—repitió el negro.

Ventura, que habia oido estas palabras desde la alcoba, bendijo á su ángel protector, que le presentaba tan propicia ocasion para introducir en la casa á Marieta.

Se levantó de la silla, se dirigió hácia la mesa donde estaban las botellas, copas, tisanas y calmañtes, y cogió una botella con tanta torpeza, que la derribó rompiéndola.

Al ruido volvió la cabeza don Joaquín.

—¿Qué es eso?—preguntó.

—Nada, señor; que he roto esta botella. Como no está uno acostumbrado á...

—Si es lo que yo decia: los hombres somos muy torpes para estos casos; romperemos veinte cacharros cada dia, y lo que es peor, cuando vayamos á dar algun medicamento al enfermo, se lo derramaremos por el pecho. Nada, nada, aquí hacen falta una ó dos mujeres.

Ventura comprendió que habia llegado la ocasion de entablar su demanda, y despues de recoger los tro-

zos de cristal de la botella, se acercó á don Joaquin sonriéndose.

—Señor don Joaquin,—repuso Ventura,—yo como usted, creo que para cuidar al enfermo nos harán falta los delicados desvelos de una mujer; pero no de una mujer que se alquila por una cantidad diaria, sino de una mujer que tenga vivo interés por la salud del enfermo.

—Pero ¿dónde diablos quieres tú que se encuentre eso? Por desgracia, en nuestra familia no se encuentra ni un solo individuo del bello sexo.

Ventura se colocó con cierto misterio el índice de la mano derecha sobre los labios, dirigió una mirada hácia la alcoba, y bajando la voz, añadió:

—No sé si cometeré una imprudencia, pero puedo proporcionar á usted la persona que nos hace falta.

Y Ventura, volviendo á indicar con la mano á don Joaquin que no se impacientara, entró en la alcoba.

El millonario, que no comprendía nada de aquella mímica, hizo un gesto de disgusto, murmurando en voz baja:

—¿Qué diablos dice este chico?

nos de cristal de la botella, se acordó á don Jordán
sonriéndose.

— Señor don Jordán.—repuso Ventura.—yo como
usted, creo que para cuidar al enfermo nos harían falta
los delicados desvelos de una mujer; pero no de una
mujer que se agaña por una cantidad de dinero, sino de
una mujer que ten

CAPÍTULO VII

—Pero ¿dónde diablos quieres tú que se encuentre
ese? Por desgracia, en nuestra familia no se encuentra

La mujer que hace falta

Ventura se colocó con cierto misterio el índice de
la mano derecha sobre los labios, dirigió una mirada
hacia la alcoba, y bajando la voz, añadió:

Dos segundos despues, Ventura volvió á salir de la
alcoba, y dijo:—El señorito, ó duerme ó está áletargado; no pue-
de oírnos, y por consiguiente, el deber me aconseja
que le haga á usted una revelacion.

—¿Pero quieres acabar con tus misterios?

—Si algun dia el señor baron se ofende por la con-
fianza que á usted voy á hacer, espero que usted me
defenderá.

—Sí, hombre, sí: habla con treinta mil de á ca-
ballo.

—Existe en Madrid una jóven que ama al señorito
Ernesto con toda su alma, y que á estas horas está llo-
rando como una Magdalena la desgracia del que es due-
ño de su corazon. Esta mujer daría la mitad de su vida
por asistir al señorito Ernesto durante su enfermedad,

y estoy seguro que con más interés, más cariño y más delicadeza, no había de asistirle nadie en el mundo.

—¿Pero quién es esa joya, que nos viene ahora como pedrada en ojo de boticario?

—La señorita Marieta.

—Quedo enterado: lo mismo que si me dijeras el moro Muza.

Y como Ventura se sonriera al oír las palabras de don Joaquín, éste añadió:

—En fin, ¿quién es esa Marieta?

—Una muchacha hermosa como un ángel, que está perdidamente enamorada del señorito Ernesto.

—¿Pero se podrá encargarse esa señorita de la asistencia de mi sobrino?

—Ya lo creo; no desea otra cosa.

—¿Y si se opone su familia?

—¿Su familia? Si no la tiene.

—¿Es sola en el mundo?

—Sí, señor.

—Esto va picando mi curiosidad. Sepamos: ¿de qué vive esa señorita? ¿de sus rentas?

—No, señor; de su trabajo.

—El trabajo de una mujer da poco de sí; debe ser pobre.

—No tanto como usted cree, señor don Joaquín.

—Entonces confieso que no comprendo una palabra.

—Yo me explicaré.

—No deseo otra cosa.

—La Marieta en cuestión, la jóven que está per-

didamente enamorada del señorito Ernesto, es nada ménos que la primera bailarina del teatro Real.

— ¡Oh, diantre! ¿sabes que esa mujer es una preciosidad? La he visto bailar dos noches.

— Pues aún es más bello su corazón que su cara, — dijo Ventura.

— Veo que no tiene mal gusto el pícaro del mi sobrino.

— Desde que ha sabido la desgracia del señorito Ernesto, Marieta no hace otra cosa más que llorar. Está verdaderamente desesperada. No hace mucho me decía: «Si don Joaquín, que me parece todo un hombre de bien, me permitiera ir á su casa á asistir á Ernesto, yo le viviria agradecida toda la vida.»

— Despues de todo, el favor es ella quien nos lo hace, ¿no es verdad?

— Ya lo creo, — contestó Ventura. — Y por otra parte, al señorito Ernesto debe serle muy grato verse cuidado por una mujer á quien tanto ama.

— Estos jóvenes del dia son incorregibles. Ahí tiene usted á mi sobrino, en visperas de casarse con una de las muchachas más hermosas y más ricas de Madrid, entreteniéndose en sus ratos perdidos con una bailarina del teatro Real. Pero, en fin, es necesario disculpar á la edad.

— ¿Conque usted accede á los deseos de Marieta?

— Sí, hombre, sí, ¿no he de acceder? ¿Te crees tú que yo soy algun mojigato de esos que se hacen veinte docenas de cruces sobre la frente por la cosa más insignificante? Que venga en buen hora esa muchacha y

que se encargue de la asistencia de mi sobrino, porque yo, francamente, no sirvo para esas cosas.

Ventura apenas podía disimular su alegría. — Puesto que usted me autoriza, tendré el gusto de presentársela al oscurecer.

—Preséntamela cuando gustes.

Este diálogo fué interrumpido por un prolongado lamento que se oyó en la alcoba.

Don Joaquín y Ventura corrieron hácia el lecho del herido.

Ernesto se habia incorporado un poco sobre los brazos. Sus ojos brillaban de un modo siniestro. Su frente pálida y sudorosa, sus descompuestos cabellos y el movimiento nervioso de sus labios, indicaban que la fiebre comenzaba á apoderarse de aquella cabeza. Y

—Vamos, vamos, Ernesto,—dijo don Joaquín, procurando que su sobrino reclinara la cabeza sobre las almohadas,—es preciso que te estés muy quieto en la cama, hasta que se cicatrice esa maldita herida.

El baron de Labra miraba con una fijeza calenturienta á su tío. Era indudable que no le reconocía.

—Sí, es preciso que yo me case, pero que me case muy pronto,—dijo Ernesto, arrebatado por la fiebre que trastornaba sus ideas.—El conde de la Fe es un gran padrino, sí, un gran padrino... ¡Já! ¡já! ¡já!... Y ella, aunque me aborrece de muerte, será mia, mia, porque al conde no puede decirsele que no.

Don Joaquín agitó dolorosamente la cabeza, dirigiendo una mirada á Ventura.

—El pobre está delirando, y en medio de su fiebre

se acuerda de la mujer que muy en breve debía ser su esposa.

Ernesto continuaba mirando á su tío con fijeza. Sus ojos brillaban como los de la hiena en la oscuridad. De vez en cuando humedecía con la ardorosa lengua sus secos y agrietados labios.

—Yo sé que no me amas, Clotilde; me juraste un ódio á muerte desde aquel día en que castigué la insolencia de tu primer amante,—repuso Ernesto con acento balbuciente.—Pero ¿qué me importa á mí tu amor? Yo tampoco te amo. Lo que yo necesito es tu dote, no tu corazón; tus millones, que unidos á los que me dará mi tío, formarán una fortuna mia, absolutamente mia, independiente... y entonces ¡oh! entonces... ¡Já! ¡já! ¡já!

Y Ernesto dejó caer la cabeza sobre las almohadas, agitándose convulsivamente.

Ventura temió que su amo cometería alguna imprudencia si continuaba delirando en voz alta. Cogió una de las bebidas calmantes recetadas por el doctor, y se la dió al enfermo, cuya sed ardorosa era insaciable.

Luego aconsejó á don Joaquin que saliera de la alcoba.

—Usted sufre demasiado junto al lecho de su sobrino.

—Sí, sí; no sirvo yo para enfermos. Tienes razón.

Y don Joaquin salió de la alcoba, enjugándose la frente y suspirando.

El tío de Ernesto habia pasado tantos años sin sufrir los cuidados y desvelos que proporciona la familia, que aquel primer contratiempo le afligia sobremanera.

Solteron incorregible, habia visto pasar los cuarenta años mejores de su vida sin ocuparse de otra cosa que de su individuo. Ni comprendía las exigencias de la mujer propia, ni los afanes que proporcionan los hijos; todo en él estaba reducido al yo egoista del solteron rico.

Esto probaba por lo ménos que su cariño hácia Ernesto no era tan grande y tan profundo como él creia, y desde el momento en que la gravedad de la herida de Ernesto trastornaba la monótona marcha de su existencia, comenzaba á arrepentirse hasta de haber regresado á España, en donde solo le esperaban disgustos.—

Ventura, despues de haber dejado un poco más tranquilo al baron, salió á la sala por donde se paseaba abismado en sus profundas reflexiones don Joaquin.

—¿Parece que ya no delira, eh?—le preguntó.

—No, señor; la bebida antiespasmódica que le ha recetado el doctor, le calma mucho. Ahora está como alestargado. Pero usted sufre mucho viendo padecer á su sobrino, y por lo tanto, me atrevo á darle un consejo, y es que deje usted al enfermo á mi cuidado. Hay ciertas naturalezas que no pueden ver sufrir á las personas que quieren, y la de usted es una de ellas.—

—Sí, sí; francamente, no sirvo para tales cosas.

—Baje usted á verle todos los dias dos, tres, cuatro veces, las que quiera; pero de ninguna manera puedo permitirle que permanezca al lado de la cama sufriendo. Esto puede ser largo, y no tendria gracia ninguna que enfermara usted.

Don Joaquin le hubiera dado un abrazo á Ventura; però se contentó con exhalar un suspiro.

—Por otra parte,—repuso Ventura,—seremos cuatro ó cinco personas á cuidarle. La señorita Marieta, que acudirá esta noche; la señora Inés, esposa del portero, que es mujer muy útil para estos casos; dos criados de la casa, y yo. Nos iremos relevando para que nunca falten junto á su lecho un par de personas. El enfermo, por consiguiente, estará perfectamente asistido; usted, como he dicho, puede enterarse de su salud cada hora si le place; pero de ninguna manera se le permitirá que esté junto á su lecho mucho tiempo.

—Pues bien, Ventura, encárgate tú de todo, pues me consta el interés que te inspira tu amo.

Ventura iba ganando terreno: ya la sombra del egoísmo de don Joaquin se apoderaba poco á poco de su voluntad.

Don Joaquin hizo una seña al negro Zulma para que le siguiera, y dijo á Ventura:

—A la menor novedad que ocurra vienes á llamarme. Estoy arriba en mis habitaciones.

—Pierda usted cuidado y viva usted tranquilo,—contestó Ventura.

—En tí confío.

Y don Joaquin salió del gabinete de Ernesto seguido del negro.

Ventura al verse solo se sonrió con la satisfacción del caudillo que ha ganado una gran batalla, se dejó caer en una butaca, encendió un cigarrillo de papel, y se dijo hablando consigo mismo:

—Dentro de dos horas iré en busca de Marieta, y despues de examinar con detencion el primer efecto

que la provocativa hermosura de la bailarina cause al viejo millonario, procuraremos que el corazon de don Joaquin dé la primer pirueta de amor. ¡Oh! no sé por qué, me parece que vamos á hacer un gran negocio Marieta y yo.

Y Ventura, con la cabeza inclinada sobre el respaldo de la butaca con la indolencia de un yankis, continuó saboreando su cigarrillo de papel, mientras acariciaba en su mente la idea de ser millonario.

que la provocativa hermosura de la bailarina cause al
viejo millonario, procuraremos que el corazón de don
Juan de la primera pinta de amor. ¡Oh! no se por
qué, me parece que vamos a hacer un gran negocio Ma-
rieta y yo.

Y Ventura, con la cabeza inclinada sobre el respal-
do de la butaca con la intención de un yanki, conti-
nuó saboteando su cigarrillo de papel, mientras acun-
caba en su mente la idea de ser millonario.

CAPÍTULO VIII

Después del duelo

Dejemos por algunos minutos al ayuda de cámara del joven baron de Labra entregado á sus sueños de color de rosa, y retrocediendo algunas horas, conduzcamos á nuestros lectores á casa del duque de San Plácido.

Por muy frio, por muy indiferente que sea el corazón de un hombre, por muy grande que sea el rencor que en él se atesore contra un individuo, el matar á un prójimo siempre produce una inquietud desagradable.

Por eso sin duda, al regresar del desafío el duque de San Plácido y Julio de Monforte, este se dejó caer en una butaca triste y preocupado.

El duque comprendió perfectamente todo lo que pasaba en el espíritu de su joven amigo, y después de

contemplarle algunos segundos con marcado interés, le dijo:

—Comprendo, amigo mio, que el matar á un hombre, por mucho que se odie, siempre deja una espina clavada en el corazón; pero usted tiene dos motivos para tranquilizar su espíritu: el primero, que Ernesto aun no ha muerto afortunadamente, y el segundo, que usted se ha portado como un caballero. Julio levantó la frente, fijó una mirada llena de gratitud en el duque de San Plácido, y repuso con acento pausado:

—Ernesto era un hombre temible para Clotilde de Lostan, á quien yo deseaba demostrarle mi gratitud, sacrificando mi vida por su felicidad. Nada tan grato para mí como haber muerto en este lance, matando al mismo tiempo á mi contrario. Pero mi buena ó mala fortuna ha querido sacarme ileso, y tendré necesidad de partir de España. Me avergonzaria la idea de que Clotilde pudiera imaginar ni un solo instante, de que una idea interesada me puso en el caso de provocar á Ernesto.

—¿De modo que está usted resuelto á partir de España?

—Ahora más que nunca.

El duque colocó una mano cariñosamente sobre la espalda de Julio, y añadió:

—¿Y no ha pensado usted en el profundo disgusto que sentirá su anciana madre?

—¡Ah, pobre madre mia!

Y Julio se llevó las manos á los ojos como para

ocultar la emoción que le dominaba. Pero de pronto, como si se avergonzara de aquella debilidad, sacudió la cabeza con energía, y repuso: —

—El doctor Mendez no tardará en darnos cuenta del estado del herido: si Ernesto muere, yo saldré de España; si se salva, me quedaré para provocarle de nuevo. Me he propuesto salvar á Clotilde de ese amante importuno, y lo he de conseguir, ó he de perder la vida en mi empresa. Acepto, por consiguiente, señor duque, el ofrecimiento generoso que usted me hizo ayer. Partiré á América en busca de una fortuna ó de la muerte, y si mis sueños se realizan, con el tiempo yo deberé á usted más que la vida.

—No me deberá usted otra cosa que su buena amistad.

—No, no, señor duque; porque yo, si á fuerza de trabajo y perseverancia, y con la poderosa influencia de su recomendación, lograra reunir una fortuna que ofrecer á Clotilde para pedir su mano, entonces á usted se lo debería todo. Pero yo ni puedo aceptar sus generosos ofrecimientos, ni partir para América sin imponer antes una condición.

—¿Cuál?

—Soy pobre, señor duque; no poseo otra fortuna que los catorce mil reales que me produce mi empleo en el ministerio de Gracia y Justicia. Mi madre y mi hermana viven de mi modesto sueldo, y antes que el inmenso amor que me inspira Clotilde, antes que satisfacer y realizar todos los queridos sueños que abrigo en mi imaginación, es la subsistencia de mi madre. Si

para conseguir yo la mano de Clotilde fuera preciso que mi madre pasase una noche sin pan, nunca la mujer á quien tanto amo seria mi esposa. Al hacer estas confesiones, el rubor conturba mi espíritu y hace latir mi corazón, pero conozco la generosidad del duque de San Plácido, y es el único hombre que me inspira confianza. Yo no partiré sin asegurar la subsistencia de mi madre durante mi ausencia.

—Pues bien, nada más fácil; ¿qué cantidad piensa usted asignarle mensualmente?—preguntó el duque de San Plácido.

—Mi madre está acostumbrada á vivir con modestia; le bastarian seiscientos reales mensuales,—contestó Julio.

—¡Oh! eso es muy poco, amigo mio,—contestó sonriéndose el duque.—Además, me parece una miseria tratándose de un hijo que parte para América con un sueldo fijo de cinco mil duros anuales y una participación en los negocios de la casa.

—¡Cómo! ¿cinco mil duros?—preguntó con asombro Julio.

—Amigo mio, á mí no me gusta hacer las cosas mal hechas. Señalaremos, por consiguiente, á su madre durante su ausencia, veinticuatro mil reales anuales. Mi apoderado, por lo tanto, se encargará de entregar todos los meses cien duros á su señora madre, y usted me girará esa cantidad todos los años desde Méjico.

—Pero, Dios mio, ¿qué he hecho yo para que usted me proteja de un modo tan espléndido?—dijo Julio de Monforte.

—Sencillamente, ser hombre de bien; y por otra parte,—añadió sonriéndose el duque,—usted no ignora que hemos estado muy próximos á ser parientes, es decir, más que parientes, hermanos. Pero Blanca ha preferido, á ser la esposa del duque de San Plácido, vivir soñando en el amor que le ha inspirado un hombre que vale mucho, pero que no tiene una peseta. No debe á usted extrañarle, por lo tanto, que asombrado de ese desprendimiento, poco comun en nuestros dias, yo que me honro dando á Blanca el nombre de hermano, quiera serlo al mismo tiempo de usted, y le preste un poco de proteccion.

—¡Ah! es usted el hombre más generoso del mundo. Partiré, sí, partiré en busca de esa fortuna; sin la cual yo no aceptaria jamás la mano de Clotilde. Sé que mi madre y mi hermana derramarán abundantes lágrimas; sé que extrañarán mi conducta, tratándome quizás de hijo desnaturalizado; pero usted quedará aquí para persuadirles del inmenso amor que por ellas siento.

Y Julio, apoderándose de una de las manos del duque de San Plácido, la estrechó cariñosamente entre las suyas.

En este momento, un criado dijo desde la puerta:

—El doctor don Rogelio Mendez.

Julio hizo un esfuerzo para serenarse, y en compañía del duque se dirigió hácia la puerta para recibir al médico.

—¿Como sigue el herido?—le preguntó el duque con precipitacion.

—Muy grave, señor duque.

—¿Pero desconfía usted de salvarle?—preguntó á su vez Julio.

—La ciencia tiene sus límites, amigo mio, y ni yo ni nadie puede traspasarlos. Se curan con facilidad las heridas sobre las cuales pueden aplicarse remedios enérgicos; pero las heridas que no puede llegarse hasta ellas, esas presentan grandes dificultades, que no resolverán jamás los hombres.

—¿De manera, que usted cree que Ernesto morirá?—preguntó el duque.

—Hay muchas probabilidades para creerlo así. Mi opinion es que si no muere de la herida, morirá de las consecuencias de la herida. Pero tengo la buena costumbre de no perder nunca la esperanza. Allá veremos. Yo creo ver claras las consecuencias funestas de los destrozos interiores que ha hecho el proyectil. Si yo lograra salvar á Ernesto, podria enorgullecerme de la cura. He visto algunos casos de heridas de arma de fuego, que despues de una supuracion natural y una cicatrizacion completa, á los dos ó tres meses han conducido al paciente al cementerio. Yo quisiera engañarme, pero creo que el baron de Labra no vivirá muchos años.

Y Mendez, como si quisiera cambiar de conversacion, calculando que no debia serle muy grata á Julio, añadió cambiando de tono:

—Querido duque, he ido al lance en ayunas; van á dar las diez de la mañana, y voy á empezar mi visita. ¿Quiere usted mandar que me sirvan algo para desayunarme?

—Con mucho gusto; pasemos al comedor: yo también tomaré algo, y Julio nos acompañará.

Y el duque de San Plácido dió el brazo al médico, y ambos salieron del gabinete seguidos de Julio de Monforte.

—Hay muchas probabilidades para que sea así. Mi

opinión es que si no muere de la herida, morirá de las

consecuencias de la herida. Pero tengo la buena cos-

tumbre de no perder nunca la esperanza. Allí veremos.

Yo also veré para las consecuencias funestas de los tra-

umatismos interiores que ha hecho el proyectil. Si yo lo

grato salvar á Bruto, podrá ser el orgullo de la cur-

ra. He visto algunos casos de heridas de arma de fuego,

que después de una supuración natural y una cicatriza-

ción completa, á los dos ó tres meses han conducido al

paciente al cementerio. Yo quisiera engañarme, pero

creo que el barón de Lahr no vivirá muchos años.

Y Méndez, como si quisiera cambiar de conversa-

ción, calculando que no debía serle muy grata á Julio,

añadió cambiando de tono:

—Querido duque, he ido al lance en ayunas; van á

dar las diez de la mañana, y voy á empezar mi visita.

—Quisiera saber que me sirven algo para desay-

CAPÍTULO PRIMERO

LIBRO UNDÉCIMO

LA EMBOSCADA

El conde de la Fe no podía imaginar ni siquiera un solo instante, que entre él y el general Leston existiese una guerra y muerte, un odio implacable.

A pesar de esto, aceptó la invitación que le hacía el general, y creyéndole vencido y dominado, se dispuso á acompañarle á un caso de campo de Chamarfin sin abrigar el menor recelo.

El conde había pedido un caballo de silla para las tres de la tarde, hora en que el general debía ir á la corte.

Y efectivamente, don Pedro fué puntual. A las tres menos algunos minutos, un criado entró á decir al con-

de de la Fe que el general le esperaba en el portal de la casa, montado.

—¿Viene solo?—preguntó el conde.

—Sí, señor, solo.

—Entonces que saquen el caballo de la cuadra, que bajo al instante, en caso de que el señor general no

CAPÍTULO PRIMERO

Algunos minutos después, el conde de la Fe y el general Lostan se dirigían á la Castellana en busca del camino de Chamartin, conversando amistosamente.

—Veo, —**Como dos buenos amigos**— que los años no le han hecho á usted perder la costumbre de montar á caballo. Parece que va usted enlazado en la silla, mientras que yo, si no fuera por la completa con-

El hombre más astuto, el más desconfiado, el que vive, por decirlo así, recelando eternamente de todo, suele alguna vez dormirse como Homero, y caer en las redes de su enemigo.

El conde de la Fe no podía ignorar ni olvidar un solo instante, que entre él y el general Lostan existía una guerra á muerte, un ódio implacable.

A pesar de esto, aceptó la invitacion que le hacia el general, y creyéndole vencido y dominado, se disponia á acompañarle á su casa de campo de Chamartin sin abrigar el menor recelo.

El conde habia pedido un caballo de silla para las tres de la tarde, hora en que el general debia ir á buscarle.

Y efectivamente, don Pedro fué puntual. A las tres ménos algunos minutos, un criado entró á decir al con-

de de la Fe que el general le esperaba en el portal de la casa, montado.

—¿Viene solo?—preguntó el conde.

—Sí, señor, solo.

—Entonces que saquen el caballo de la cuadra, que bajo al instante, en caso de que el señor general no quiera subir un momento.

Algunos minutos después, el conde de la Fe y el general Lostan se dirigian á la Castellana en busca del camino de Chamartin, conversando amistosamente.

—Veo, querido general,—decía el conde,—que los años no le han hecho á usted perder la costumbre de montar á caballo. Parece que va usted enclavado en la silla, mientras que yo, si no fuera por la completa confianza que me inspira el caballo, no seria extraño que me viera usted dar alguna voltereta.

—A mí me hubiera sido completamente igual ir en carruaje que á caballo.

—Sí, sí; pero esto distrae más, y el caballo que yo monto me inspira gran confianza. ¿Sabe usted, querido general, que abrigo un temor?—añadió sonriéndose el conde.

—¿Cuál?

—Que causemos un gran disgusto á la señora marquesa y á su encantadora hija.

—¿Y por qué?

—¡Ah! las señoras no son amigas de las sorpresas de cierto género, y cuando nos vean entrar por su tranquilo retiro, dirán que es una traicion que les hacemos.

—Efectivamente, porque yo estoy dispuesto á que nos den de comer.

—Yo desde ahora no quiero cargar con la responsabilidad de este abuso de confianza, y me disculparé con esas señoras.

—Acepto toda la responsabilidad,—contestó sonriéndose el general.

—Me han dicho que la señora marquesa ha logrado convertir en un paraíso su casa de campo de Chamartin,—preguntó el conde.

—Efectivamente, Beatriz ha rodeado su quinta de encantos. Poco aficionada al bullicio de la corte, pasa la mayor parte del año en su poético retiro ocupándose de sus flores y de sus pájaros, y si no fuera por su hija, á quien no podemos, sin cometer una ingratitud, encerrar en una casa de campo, yo creo que mi esposa no se acordaría de Madrid.

—¡Oh! cuando se tienen hijos es preciso sacrificarlo todo por ellos, hasta las inclinaciones de nuestro corazón, y sería una crueldad encerrar á la hermosa Clotilde en una casa de campo, aunque esta tuviera todos los encantos y todas las comodidades apetecibles.

—Yo temo que cuando Clotilde se case,—repuso el general,—mi esposa dé un adiós eterno á Madrid, y venga á retirarse para siempre á su quinta de Chamartin.

—¡Bah! ya procuraremos convencerla de que no nos abandone.

—Lo cual me parece muy difícil, señor conde.

—No hay madre que resista á los ruegos de su hija.

—En fin, no nos ocupemos de lo porvenir. Hoy, señor conde, lo que exijo de usted es que con su buen talento haga comprender á Clotilde las ventajas de su proyectado enlace con el baron de Labra; pues deseo vivamente que hoy mismo quede convenido todo y fijado el dia del casamiento.

—Teniendo el apoyo de usted y el de la señora marquesa, creo que no nos será difícil conseguirlo. —

—Así lo espero.

El general hablaba con admirable naturalidad, y aunque alguna que otra vez por la mente del conde cruzaba una sospecha, al fijar los ojos en el sereno rostro del general, esta sospecha se desvanecía.

Queriendo sin embargo sondear el corazon de aquel hombre á quien tanto odiaba, buscó una ocasion oportuna para decirle:

—Cuando el frio de las canas viene á posarse sobre nuestra cabeza, cuando se cumplen los sesenta años, esa edad en que empieza la descomposicion del hombre, cambian de una manera notable los pensamientos y las afecciones: ¿no es verdad, señor general?

—¡Oh! ¡quién lo duda! Los años templan y enfrían las pasiones del corazon; los años hacen posible lo que en la primavera de la vida nos hubiera parecido un sueño.

—Nosotros, por ejemplo, señor general, hemos pasado una gran parte de nuestra vida haciéndonos una guerra sin cuartel.

—¡Es verdad!

—Tres veces colocados el uno frente del otro, nos

hemos jugado la existencia, y sin duda la Providencia no quiso que nos matáramos, porque ella en sus misteriosos fallos tenía escrito que con el tiempo debíamos reconciliarnos y ser buenos amigos. Porque ¿quién, al vernos caminar con esta armonía hacia Chamartin uno al lado del otro, no verá en nosotros dos buenos amigos?

—Y para llegar á este momento, de que yo tanto me felicito,—añadió el general sonriéndose,—¡cuántas y cuántas veces no hemos deseado despedazarnos! Pero usted ha dicho muy bien: la nieve de las canas entibia las pasiones, y yo confieso que, harto de luchar, cedo ante el destino y no deseo otra cosa que terminar tranquilamente mis días, que ya no pueden prolongarse mucho. Por eso he aceptado con lealtad y buena fe la reconciliación. Seamos, pues, amigos todo el tiempo que Dios nos conceda de vida.

—Sí, sí, dice usted bien, general, seamos amigos,—exclamó el conde, dejándose llevar de la confianza que las palabras de don Pedro le inspiraban.

—Pues entonces, señor conde, de usted estriba que lo seamos de veras.

—¿De mí?

—De usted, que posee un secreto que puede deshonorarme.

—Señor general, el día que Ernesto sea el esposo de Clotilde, daré á usted mi palabra de honor de que el secreto que á usted sobresalta morirá enterrado en el fondo de mi corazón.

Aquellos dos hombres se engañaban mutuamente;

aquellos hombres seguían odiándose tal vez con más rencor que nunca. El conde tenía la completa seguridad de que Clotilde al dar su mano al barón de Labra firmaba su desgracia para toda su vida.

Además de esta imposición humillante que obligaba á aceptar al general Lostan, contaba siempre como último recurso el deshonorar á su enemigo publicando su secreto.

El general, por su parte, no se hacía ilusiones ante las promesas de su irreconciliable enemigo, y deseando acabar con él para siempre, astuto y rencoroso, le conducía á una emboscada, disfrazando su ódio, su deseo de venganza, con el modesto traje del arrepentimiento y de la humildad.

Cuando poco antes había ido á buscarle á su casa, un temor le sobresaltaba, y este temor era que el conde estuviese enterado de la desgracia de Ernesto; pero afortunadamente el conde no sabía que su protegido, que su ahijado, se hallaba en cama gravemente herido; porque al saber este acontecimiento, al buscar el origen de un duelo tan inesperado, al saber el nombre del que se había batido con Ernesto, hubiera podido sospechar algo. Pero, volvemos á repetirlo, el conde ignoraba todo cuanto había sucedido.

Así pues, como dos buenos amigos, y empleando muchas veces el lenguaje del arrepentimiento, llegaron á las verjas de la hermosa casa de campo de la marquesa del Rádío, situada como á unos quinientos metros del grupo de casas que constituye el pueblo de Chmartin.

Un hombre se paseaba por delante de la verja de hierro que daba paso al jardín. El general reconoció á aquel hombre desde lejos. Era Santiago, que demostrando no poco asombro al ver á su amo, se acercó saludándolos respetuosamente.

—No me esperábais, ¿no es verdad, Santiago?— dijo el general echando pié á tierra.

—¡Oh no, señor!—contestó el ayuda de cámara.— Y las señoras van á tener una sorpresa agradable.

—Dispon que conduzcan los caballos á la cuadra; luego acompañarás al señor conde á mi habitación, mientras yo me dirijo en busca de la señora marquesa á ver si puede recibirnos. Al momento me reuniré con usted, señor conde.

Santiago encargó al jardinero que se llevara los caballos, y luego, inclinándose respetuoso ante el conde la Fe, dijo:

—Cuando vuecencia guste.

—Vamos adonde usted quiera. Siempre será decente que para presentarme ante esas señoras me limpie un poco el polvo del camino.

Santiago condujo al conde á una de las habitaciones bajas, que tomaba las luces del jardín. Se dirigió á una puerta, y abriéndola dijo:

—Este es el tocador del señor general. Si vuecencia gusta pasar, encontrará todo lo indispensable para el aseo de su persona.

Y Santiago, levantando con la mano izquierda el portier, se inclinó respetuosamente como para dejar franco el paso al conde.

El conde de la Fe hizo un movimiento afirmativo de cabeza, y penetró sin el menor recelo por la puerta que acababa de abrir Santiago; pero apenas había colocado el pié sobre el dintel se sintió bruscamente empujado por la espalda, y faltándole la tierra bajo de sus plantas, lanzó un grito aterrador.

Santiago cerró la puerta, guardó con calma la llave en el bolsillo del pecho de su gaban, y sonriéndose de un modo poco tranquilizador, murmuró en voz baja estas palabras:

—Ahora ya es nuestro.

CAPÍTULO II

La sorpresa

El conde de la Fe cayó de rodillas.

Las tinieblas eran profundas.

A pesar del espanto que le causaba aquel inesperado acontecimiento, extendió los brazos, procurando orientarse del terreno en que se hallaba. Sus manos sólo encontraban el vacío, y entonces comprendió que el general, hipócrita y miserable, le había conducido hasta aquel sitio, preparándole indudablemente una emboscada.

Entonces maldijo su ciega confianza; pues ni siquiera se le había ocurrido llevar un arma, y se encontraba indefenso en poder de su enemigo.

El terreno donde se hallaba era una rampa, que conducía á una cueva.

El conde tuvo miedo de avanzar, porque él ignoraba si algún abismo abierto á sus piés se hallaba prepa-

rado para tragar su cuerpo. Se sentó en el suelo, y cogiéndose la cabeza entre las manos, permaneció largo tiempo reflexionando sobre su triste y angustiosa situación.

—He sido un imbécil,—murmuró con el acento de la mayor desesperación.—¿De qué me han servido los años, la experiencia, si he venido por fin á caer en esta infame emboscada, de la que no es fácil me vea libre? El general podrá asesinar-me, podrá dejar que me consuma de hambre en esta tumba, sin que nadie pueda venir en mi auxilio.

Y exhalando un rugido, en el que podía adivinarse la desesperación de su alma, añadió:

—¡Ah! morir sin vengarme, cuando hace treinta años que corro ansioso detrás de la venganza!

Dos lágrimas brotaron de los ojos del conde, lágrimas de fuego, que quemaron sus megillas.

Hacia mucho tiempo que el conde no lloraba; todo le era indiferente en el mundo ménos su venganza, y esta venganza, acariciada tantos años como la hija predilecta de su corazón, en medio de aquellas tinieblas que le rodeaban, se desvanecía como un sueño.

Era indudable que los planes del general debían ser terribles, y el conde, en medio de su soledad y su desesperación, se arrancaba los cabellos, exhalando espantosas blasfemias y maldiciendo su confianza, su credulidad.

Así trascurrió una hora, que tuvo para el conde una duración infinita. Algunas veces se había incorporado, y tentado con las manos aquellos muros fríos y húme-

dos, buscaba, aconsejado por un resto de esperanza, la manera de salvarse; pero todo fué en vano. Por todas partes encontraba los muros de aquella especie de rampa, por la que no se atrevía á avanzar, temeroso de encontrar abierto un abismo á sus piés que le tragara.

A pesar de su desesperacion y de su aturdimiento, no dejó de comprender que seria vano todo cuanto hiciese por salir de aquel encierro, como asimismo el pedir socorro para que le auxiliaran.

Sentado, pues, en el suelo, esperó sin ninguna confianza de salvacion.

Por fin, creyó distinguir á lo lejos un débil resplandor.

Dirigió anhelante los ojos hácia aquel punto. Aquella luz parecia aproximarse al sitio donde él se hallaba, y no tardó mucho en distinguir perfectamente el vivo resplandor de una linterna, que, dejando en la más completa tiniebla la mano que la conducia, dirigia hácia él sus rayos.

El conde no pudo dominar un movimiento de espanto. Aquella luz que avanzaba hácia él parecia indicarle algo terrible, algo amenazador.

Comprendió que habia llegado la hora de que el general Lostan explicara su incalificable conducta; pero esta explicacion podia ser para el conde la muerte. Ese era su miedo, ese era su espanto.

De repente aquella luz se quedó inmóvil, y una voz, para él desconocida, dijo con un acento siniestro:

—Conde de la Fe, estás invitado á comer. Si el miedo no te imposibilita, si en tu pervertido corazon

queda un resto de energía, sigue el resplandor de esta luz. El general Lostan va á cumplirte su ofrecimiento.

El conde de la Fe comprendió que seria inútil resistir ni desobedecer aquella órden. Hizo un esfuerzo para serenarse, se incorporó, y procurando dar á su voz una entonacion serena, dijo:

—Comprendo que se trata de arrebatarme la vida: he sido víctima de una negra traicion; pero como todas mis lamentaciones serian inútiles, ya te sigo.

La luz comenzó á retroceder, y el conde descendió con pausa por aquella pendiente.

Así caminaron durante algunos minutos.

De pronto, aquella especie de rampa encajonada entre dos muros terminó, y despues de penetrar por una puerta, la decoracion cambió por completo, y el conde no pudo ménos de exhalar un grito de asombro. Allí estaba el general Lostan, de pié, inmóvil y con los brazos cruzados sobre el pecho. Detrás de él, y á algunos pasos de distancia, se hallaba Santiago, el ayuda de cámara.

Aquellos dos hombres le miraban de un modo siniestro; pero no eran estas miradas lo que habia hecho exhalar un grito al conde: era el aspecto, el carácter de aquella especie de sala donde acababa de entrar. Estaba alumbrada por ocho blandones amarillos, suspendidos de la pared. Sobre una de estas paredes colgaba un paño negro con estos tres nombres, escritos con letras de color de sangre: *Margarita, Beatriz, Angela.*

Al pié de este fúnebre tapiz se veia un ataúd vacío, abierto y como esperando un cadáver.

En medio de este sombrío local se hallaba una mesa servida, sobre la que humeaban algunos manjares, y se veían profusión de botellas.

Esta mesa estaba alumbrada por dos candelabros de cinco bujías cada uno.

Sobre otro de los lienzos de la pared se veía una panoplia forrada de negro, y con clavos de acero, con sables, floretes y pistolas.

En otro de los ángulos se hallaba una mesa con todo lo necesario para escribir.

El conde recorrió todos estos objetos con recelosa mirada, durante una pausa que le concedió indudablemente el general para que se enterara del sitio en que se hallaba.

—¿Qué significa esto, señor general?—preguntó el conde.

—Esto significa, señor conde, primero, que voy á cumplir á usted la palabra convidándole á comer, y segundo, que por esta vez nos batiremos verdaderamente á muerte. Ese ataud espera un cadáver: el vencedor practicará la obra de caridad de enterrar al vencido. Pero no adelantemos los acontecimientos. La comida espera.

Y el general indicó con la mano uno de los dos sillones que se hallaban colocados junto á la mesa.

El conde, sin embargo, no se movió. Parecía como si se hallara enclavado en aquel sitio.

—Por las palabras que usted acaba de dirigirme y por el sombrío aparato que nos rodea,—repuso el conde, procurando dominar la emoción que sentía,—veo

que trata usted de que nos batamos por cuarta vez.

—Sí, pero esta vez yo aseguro á usted que será la última.

En aquel momento, una idea, que reanimó en parte la esperanza perdida del conde de la Fe, cruzó por su mente, y dejando asomar á sus labios una sonrisa desdenosa, dijo:

—Jamás hubiera creído que el general Lostan, á quien supongo hombre de corazon y valor, propusiera á su enemigo un duelo á muerte con condiciones tan desventajasas.

—¿Cómo?—preguntó el general, como si no comprendiese bien las palabras del conde.

—¡Oh! sí, ventajasas en alto grado para usted; porque todo esto que me sorprende, se conoce que estaba preparado de antemano por usted; porque esas armas que veo dispuestas para que nos matemos, yo no las conozco, y porque mi espíritu, sobresaltado con esta infame emboscada, carece de la serenidad necesaria para defender mi vida. Todo esto, pues, son ventajas que le darán á usted la victoria; y yo, persuadido de ello, no quiero tomarme el trabajo de defender mi vida. Puede usted, por consiguiente, asesinar me cuando le plazca.

El general comprendió que aquello no era otra cosa que una argucia para esquivar el lance, y haciendo un movimiento de indiferencia con los hombros, repuso:

—Está bien; si usted no quiere defenderse, le asesinaré á usted. De aquí no saldrá el conde de la Fe más que muerto ó vencedor. Esos tres nombres escri-

tos sobre el negro tapiz, representan las tres mujeres por las cuales venimos manteniendo una lucha á muerte hace treinta años. Con ese paño negro se envolverá el cadáver de aquel de nosotros dos que deje de existir. Recuerde usted bien, señor conde, que no es mia la culpa de haber llegado á esta situacion; usted es un enemigo harto temible para que yo le desprecie. Es necesario, pues, matar ó morir. Yo hubiera sufrido tal vez con resignacion todas las heridas que usted hubiese intentado hacer á mi cuerpo, á mi carne; pero usted, que abriga en su miserable alma un ódio implacable á mi familia, ha querido herir de muerte la felicidad y la honra de mi hija. Con su maquiavelismo trató usted de casarla con su hermano Daniel; la casualidad ó la Providencia destruyeron esta negra intriga; y hoy me impone usted al baron de Labra, porque tiene la completa seguridad de que este casamiento causaria la desgracia de mi hija. Dos hombres, pues, se oponen á la ventura de Clotilde: el conde de la Fe y su ahijado Ernesto. Mi deber es librarla de tan miserables enemigos. En cuanto á Ernesto, se halla á estas horas luchando entre la vida y la muerte; en cuanto al conde de la Fe, usted sabe muy bien la situacion en que se encuentra.

—¿Dice usted que Ernesto se halla luchando entre la vida y la muerte?—preguntó con marcado interés el conde.

—Sí, Ernesto se ha batido esta mañana con Julio de Monforte, recibiendo un balazo en el pecho, que segun el dictámen facultativo le costará la existencia.

Por esa parte mi hija se halla libre de las importunidades de un pretendiente á quien aborrece, y que usted le imponia con la amenaza del secreto que fatalmente posee hace tantos años.

—¿Y es usted el que ha buscado á Julio de Monforte para que se bata con Ernesto?

—No; ha sido la casualidad ó la Providencia, que ha venido, como otra vez, á salvar á Clotilde; á Clotilde, que es inocente y á la que usted ha hecho una guerra implacable.

El conde se llevó la mano á la frente: comprendió, aunque tarde, que el general era un enemigo tan temible como irreconciliable.

En vano buscaba en su imaginacion un recurso salvador. Perdida la esperanza, y comprendiendo que no le quedaba otro remedio que aceptar todas las condiciones que le propusiera el general, se dejó caer en uno de los sillones, y haciendo un movimiento de indiferencia, añadió:

—Está bien; puesto que usted se empeña en que cemos, estoy á sus órdenes. Veo que el final de nuestra historia se reduce á matar ó morir; acepto, pues, el desenlace que me imponen las circunstancias.

CAPÍTULO III

Matar ó morir

El general hizo una seña á Santiago, que permanecía inmóvil en el fondo de la habitacion. Este avanzó algunos pasos, y saludó respetuosamente.

—Puedes servirnos la cena, puesto que el señor conde es tan amable que accede á mis ruegos.

Santiago llenó dos copas de vino, presentando una al conde y otra al general.

—Comencemos por brindar á la memoria de esas tres mujeres, que han sido causa de nuestra incesante lucha,—dijo el general, empuñando la copa y levantándola á la altura de sus labios.

El conde vaciló. Temia que aquella copa encerrara un veneno. Pero al ver que el general apuraba la suya tan tranquilamente, y que ambas estaban servidas del contenido de la misma botella, bebió tambien con resolucion.

Santiago sirvió los primeros platos, y aquellos dos enemigos irreconciliables comenzaron á cenar en medio del más profundo silencio.

De repente, el general fijó una mirada fria y penetrante en el conde, diciendo:

—Segun la opinion de todos los sábios naturalistas, la vida del hombre recorre una época regular, entre los sesenta y ochenta años. Hay, sin embargo, algunas excepciones, tanto en las épocas antiguas como modernas. Fijándonos en España, se recuerda en la antigüedad á Argantonio, que vivió en Cádiz ciento cincuenta años, y Luis Acuña, legado lusitano, que en nuestros dias disfrutó de perfecta salud, robustez y vigor, hasta los ciento veinte. En la América del Norte, en 1797, murió un mulato que contaba ciento ochenta años de edad, y sabido es que en Jamaica, Roberto Synch vivió ciento sesenta, y Catalina Hiatt ciento cincuenta.

Y el general, sonriéndose de un modo sardónico, añadió:

—¿Qué edad tiene usted, señor conde?

—Próximamente, setenta años.

—Es decir, que ha vivido usted el término medio marcado por los naturalistas, y por consiguiente, creo que mirará con cierto desprecio la vida.

—Jamás me he ocupado de la muerte.

—Le doy á usted por ello la enhorabuena, porque el hombre que desprecia la vida, que no es avaro en la conservacion de sus dias, y á quien importa poco dejar de existir diez años antes ó despues, nunca le

falta el valor para batirse á muerte con otro hombre.
—Una sonrisa desdeñosa asomó á los labios del conde.

—Aunque todas las ventajas están de parte de usted,—añadió,—aunque mi brazo es ménos firme que el del general Lostan, esté usted seguro que mi corazón no temblará.

—¡Ah! ¡me cree usted capaz de aprovecharme de las ventajas!

—¿Quién lo duda? Desde el momento en que me ha conducido usted á este sitio, no veo en este duelo, que forzosamente se me impone, sino una traicion, un abuso; pero ni pediré clemencia, ni esquivaré el peligro: comprendo que de los dos uno sobra en el mundo. He sido muy confiado, ha ganado usted la partida; tal vez así estaba escrito, y me resigno.

—Sí, dice usted bien, uno de los dos sobra en el mundo; á mí me era imposible soportar por más tiempo la amenaza que usted tenia suspendida sobre mi cabeza, amenaza que era tambien un grave peligro para la tranquilidad de mi familia. Hoy, pues, terminará todo para nosotros, todo, señor conde. Si la suerte quiere concederme la victoria, esa misma victoria será para mí una sentencia de muerte.

El conde miró al general como si no le comprendiera.

—Usted me ha creído,—añadió el general,—hombre capaz de abusar de las ventajas en este momento supremo; recuerde usted el pasado, señor conde. Tres veces nos hemos batido; en todas ellas salí victorioso, y

nunca me aproveché de las ventajas. Yo sabia que era usted un enemigo irreconciliable, que nunca se extinguiría en su corazón el odio hacia mi persona, que nació cuando la desgraciada aventura de Margarita. Desde entonces la fatalidad ha ido empujándonos al uno y al otro; prolongar por más tiempo esta lucha, es imposible: ha sonado, pues, la hora de que nuestros nombres se borren del gran libro de los vivos; pero antes de morir es preciso que usted se convenza de que no soy tan bajo y tan cobarde. La honra, la tranquilidad de mi familia así lo exige.

Y el general, poniéndose en pié rápidamente, como obedeciendo á un impulso nervioso, cogió un candelabro de encima de la mesa, y añadió:

—Si yo propusiera á usted un duelo á sable, á florete á ó pistola, sé que todas las ventajas estarian de mi parte; pero no es mi vida la que trato de defender, porque al entrar aquí he hecho el sacrificio de ella. No hay, pues, esperanza para nosotros; los dos dejaremos de existir en breve, porque ya por nuestras venas circula el helado soplo de la muerte.

Y el general, avanzando algunos pasos y levantando con una mano una cortina que cubria la entrada de la galería de la cueva, añadió:

—Mire usted, ser conde.

El conde vió una ancha fosa abierta en el suelo; junto á esta fosa se hallaba un ataúd abierto, como si esperara un cadáver.

—¿Qué es esto?—preguntó con espanto el conde, retrocediendo dos pasos.

—Este es el mio; este espera mi cuerpo, como espera el del conde de la Fe el ataúd que se halla en la habitación inmediata.

—¿Pero vamos á morir los dos?—preguntó aterrado el conde.

El general soltó una ruidosa carcajada.

—Pues qué, ¿no cree usted que somos bastante criminales para merecer la muerte?

Y como el rostro del conde se quedara lívido como un cadáver, el general prorumpió en una segunda carcajada, y dijo:

—Continuemos la cena; desechémos el miedo; nadie puede librarnos de la muerte, pues ya agita gozosa sus impalpables alas sobre nosotros.

—¡No, no, terminemos!—exclamó el conde, dirigiéndose precipitadamente á la panoplia donde estaban las armas, y cogiendo una pistola.—Aún me siento con valor para defender mi vida.

Y apuntando el cañón de la pistola sobre el pecho del general, añadió:

—Basta de amenazas; ó me deja usted libre la puerta de esta horrible cueva, ó le levanto la tapa de los sesos.

El general volvió á prorumpir en otra carcajada.

—Nada hay que aturda tanto al hombre como el miedo,—repuso don Pedro.—El señor conde se cree libre del peligro que le amenaza, porque tiene una pistola en la mano y la apunta sobre mi pecho. En primer lugar, le diré que las balas nunca me hicieron inclinar la frente, y en segundo, que mal puede inspirarme mie-

do un arma descargada. En las panoplias no se tienen nunca cargadas las armas de fuego; pero el señor conde está aturdido porque tiene miedo, y en verdad que no le creía tan avaro de una vida de la que le he hecho gracia por tres veces.

El conde miró rápidamente la chimenea de la pistola, y observando que no tenía piston, la arrojó con rábia lejos de sí, yendo á sentarse con el mayor desaliento en la silla que pocos momentos antes habia abandonado.

—Nuestra suerte está echada, querido conde: hoy será el último dia de nuestra vida. Desde el momento en que comprendí que ambos éramos obstáculos para la felicidad de Clotilde, me propuse librar á mi hija de esos obstáculos. Al servirme de un engaño para conducir á usted hasta el sitio donde nos encontramos, no fué mi ánimo que lucháramos frente á frente con armas iguales, porque esa lucha me hubiera concedido á mí todas las ventajas, teniendo á los ojos de mi conciencia el carácter de un asesinato. Para el general Lostan nada tan fácil como pasar de parte á parte el corazon del conde de la Fe de una estocada; pero como el general Lostan está cansado de la vida, al decidirse á emprender el viaje á la eternidad no quiere hacerlo solo, y ha elegido por compañero á su antiguo amigo el conde de la Fe. Seria para él muy doloroso dejarle en el mundo cometiendo infamias indignas de un noble.

—Y el general Lostan, que no quiere cometer un asesinato, ¿de qué manera espera valerse para que emprenda yo el camino de la eternidad.

—¡Oh! no espera valerse; se ha valido ya, amigo mio. Dentro de pocas horas el sudor de la muerte inundará nuestras frentes y dejarán de latir nuestros corazones. Pero como al reo de muerte se le conceden algunas horas para que piense en Dios y arregle sus asuntos terrenales, yo voy á concederle á usted sesenta minutos. Cuando estos trascurren, Santiago vendrá á depositar el cadáver del conde de la Fe en ese ataúd vacío que le espera.

—Trata usted de imponerme miedo,—contestó el conde, esforzándose por sonreirse.

—Me es completamente igual que tenga usted miedo ó no. Al brindar por el recuerdo de Margarita, al apurar la copa que precedió á nuestra cena, ambos á dos bebimos un veneno, que ha de conducirnos muy en breve á la eternidad. Inútiles han de ser, señor conde, las lamentaciones y las protestas; nuestra suerte está echada: es preciso morir.

—¡Oh! ¡infame, infame!—exclamó el conde, comprendiendo todo lo desesperado de su situación,—¿me has envenenado, y seguro de mi muerte rechazas ahora un duelo conmigo con armas iguales? Hipócrita y cobarde, puedes gozarte en mal hora de añadir á tus crímenes mi muerte, porque yo no te creo, no puedo creer-te. Tú no has bebido el veneno.

El general hizo un movimiento con los hombros para demostrar la indiferencia que le causaban aquellas palabras.

—¡Ese es tu ataúd!—añadió don Pedro empleando el mismo lenguaje del conde;—en la galería inme-

diata has visto el mio. Una misma fosa encerrará nuestros dos cadáveres. Santiago, servidor leal, que se ha conquistado toda mi confianza, será nuestro sepulture-ro. Durante algunos dias se comentará en Madrid nuestra desaparicion. La policia nos buscará en vano por todas partes; no encontrará nuestros cadáveres, y el tiempo borrará de la memoria de los vivientes nuestra original y extraña desaparicion. Los caballos que nos han conducido á esta quinta, se encontrarán esta noche en una calle de Madrid sin sus ginetes, y mañana, mi hija, sin temor de ver el buen nombre de su padre deshonrado, podrá vivir tranquila y feliz con su madre ó con el esposo que elija su corazon, sin perder la esperanza de abrazar con el tiempo á su padre.

—Pero esto es horrible,—exclamó el conde, llevándose las manos á la frente;—yo no quiero morir olvidado de Dios y de los hombres en esta espantosa cueva.

—Señor conde, ha pasado el tiempo de las lamentaciones, ha llegado la hora de la muerte. Usted pensaba arrancar la máscara con que me encubro á los ojos de la sociedad; usted pensaba decir á esos mismos que me envidian y me aplauden: «ese hombre es un infame; la marquesa del Rádio no es más que su querida, y Clotilde una hija natural.» Usted pensaba llenar de vergüenza y oprobio á unas pobres mujeres que ningun daño le habian hecho, y faltándole el valor para arrancarme la vida, con infernal maquiavelismo preparaba usted su implacable venganza. Es preciso morir; sea usted hombre en los últimos momentos de su vida. Antes de cincuenta minutos, el frio de la muerte circulará

por nuestras venas. Sobre esa mesa tiene usted recado para escribir. Santiago cumplirá con exactitud todas las órdenes que usted le dé, siempre que no sean para revelar este drama misterioso que ha de permanecer siempre ignorado. No olvide usted que hay un Dios, único juez que tiene el poder de perdonar á los criminales en la hora de la muerte.

El general se levantó, añadiendo:

—Ni usted ni yo debemos perder un sólo instante. Nuestra última hora se aproxima; hasta la eternidad, pues, señor conde.

El general se dirigió hacia una de las galerías de la cueva. El conde, aprovechándose de un resto de desesperada energía, se abalanzó sobre su terrible enemigo; pero Santiago, saliéndole al encuentro, le cogió bruscamente por la cintura, arrojándole con fuerza lejos de sí.

El conde fué á caer aturrido y descompuesto junto al ataúd que iba en breve á encerrar su cuerpo exánime.

Un rugido y una blasfemia se escaparon de su boca, y golpeándose la frente con las manos, exclamó con desesperación:

—¡Asesino! ¡asesino!

Comprendía que su salvación era imposible; pero en el hombre, hasta el último momento de su vida, que-

da en el fondo de su alma un rastro de esperanza.

El conde se levantó del suelo, sacudió la cabeza como si quisiera desecher tétricas pesadumbres, y

CAPÍTULO IV

Agonía

Durante algunos segundos, el conde permaneció inmóvil sentado en el suelo. De vez en cuando dirigía los ojos en derredor suyo como un demente.

El general y Santiago habían desaparecido. Se hallaba solo, solo con su dolor, con su desesperación, con sus remordimientos, con su miedo.

El sitio donde se hallaba tenía para él la tétrica soledad de la tumba. Aquellos tapices negros le espantaban; aquellos nombres escritos con letras de color de sangre, le oprimían de un modo doloroso el corazón.

Comprendía que su salvación era imposible; pero en el hombre, hasta el último momento de su vida, queda en el fondo de su alma un resto de esperanza.

El conde se levantó del suelo, sacudió la cabeza como si quisiera desechar tétricos pensamientos, y

como un demente corrió hácia la panoplia, descolgó una espada, y cogiendo con la mano izquierda una de las antorchas que pendian de la pared, exclamó:

—Es preciso vender cara la vida, es preciso buscar la salvacion: yo no puedo creer que el general haya apurado conmigo un veneno; yo he tenido gran cuidado en beber los mismos vinos que él, comer los mismos manjares; ¿quién sabe si todo esto no es otra cosa que una farsa para amedrentarme?

El conde comenzó á registrar la cueva á favor de la antorcha que llevaba en la mano.

Al final de la rampa por donde habia descendido á aquel antro, encontró una puerta de hierro, y no tardó mucho en convencerse de que todos sus esfuerzos serian en vano para abrirla.

Despues de algunos minutos de inútiles investigaciones, se convenció, exhalando un rugido de desesperacion, que era imposible salir de la cueva.

Estuvo contemplando un momento con espanto la ancha fosa abierta en la galería inmediata y el vacío ataud que se hallaba á su lado.

—¿Será verdad,—se dijo con aterido acento,—que esta sepultura se ha hecho para encerrar los cadáveres del general y mio? ¡Oh! no, no, ni él ni yo estamos envenenados.

Y de pronto, retrocediendo con espanto ante aquella fosa que amenazaba tragarle, exclamó:

—¿Y por qué no puede él haber apurado el mismo veneno que yo? Todo veneno tiene su antídoto, y á estas horas, no hay duda, él estará tomándolo para li-

brarse de la muerte, mientras me abandona á mí sin los auxilios reconocidos por la ciencia.

Esta sospecha produjo al conde una terrible desesperación. Huyó de aquel sitio, encontrándose á los pocos segundos en el lugar donde habian cenado.

Al llegar allí, la espada y la antorcha se le cayeron de las manos, y sentándose abatido en una silla, murmuró en voz baja:

—¡Ah! ¡si yo pudiera vengarme, si yo pudiera revelar á alguno este horrible crimen que se comete conmigo, no me seria tan sensible la muerte!

Y el conde, apoyando los codos sobre la mesa, se cogió la frente con ambas manos, quedándose inmóvil.

Así permaneció dos minutos. De pronto, un grito terrible se escapó de su pecho, grito cuya definición verdadera es imposible á la palabra humana, porque aquel grito tenia algo del ruido del salvaje cuando hunde su cuchillo en la garganta de su implacable enemigo. Era el grito de gozo de un condenado que encuentra en su última hora la manera de vengarse del mismo que es causa de todos sus dolores, de todas sus torturas.

El conde habia concebido un pensamiento, pensamiento digno de su maquiavélica imaginacion. En su lívido y demacrado semblante brilló un gozo satánico. Levantóse del sitio donde se hallaba, se dirigió precipitadamente á una pequeña mesa situada en uno de los ángulos de la cueva, sobre la cual se veia recado de escribir, y cogió una pluma.

El conde escribió con letra clara é inteligible du-

rante tres minutos. Luego leyó para sí lo que habia escrito, dejando asomar á sus labios una sonrisa de satisfaccion, y colocándose la hoja delante hizo tres copias exactas de aquel escrito; las dobló cuidadosamente, y dijo:

—¡Quien sabe! tal vez mañana, si el general me sobrevive, no faltará quien me vengue.

Entonces el conde recogió la pistola que poco antes habia arrojado al suelo, é introdujo dentro del cañon una de las tres copias que habia escrito; colocó otra en el cañon de la segunda pistola que quedaba en la panoplia, y la tercera, despues de algunos momentos de meditacion, la colocó tambien disimuladamente dentro de un panecillo francés que se hallaba aún intacto sobre la mesa.

Despues de esto, el conde se dejó caer en una de las sillas, y se llevó instintivamente una mano al pecho.

Los efectos del veneno que circulaba por sus venas, comenzaban á demostrarse. Un frio desconsolador se extendia por todo su cuerpo.

—La casualidad pondrá tal vez en mano de alguno una de las tres copias que acabo de escribir, y que serán como la declaracion de un moribundo que ha sido asesinado; sí, asesinado por el general Lostan, porque es indudable que este frio que siento en la sangre es el frio de la muerte.

El conde se llevó ambas manos á la frente.

Sus sienes comenzaron á latir de un modo horrible.

Volvió á levantarse, y escribió de nuevo sobre una hoja de papel. «Sé que seria inútil pedir justicia á los

hombres; Dios me vengará, Dios que lo ve todo y que no puede dejar impune este crimen.»

El conde arrojó la pluma; la luz de sus ojos comenzaba á oscurecerse.

—¡Morir, morir sin vengarme! ¡Mi situacion es horrible!

Y como si obedeciese á un resto de esperanza, añadió dando grandes voces:

—¡Socorro! ¡Yo el conde de la Fe, ofrezco la mitad de mi fortuna al que me saque de esta horrible mansion, al que me libre de la muerte!

El eco de su voz se perdió en las silenciosas concavidades de la cueva; pero el conde volvió á exclamar con la misma desesperada entonacion:

—¡Muerdo envenenado por el general Lostan, por ese infame á cuyo rostro quisiera arrojar mi saliva antes de espirar!

Y el conde, con los brazos extendidos, el rostro desencajado, la mirada calenturienta y azorada, comenzó á recorrer la cueva, sin cesar en sus gritos de socorro y de venganza.

Pero nadie contestaba á sus lamentaciones: aquello era una tumba donde se perdian todos los lamentos de su solitaria y terrible agonía.

De pronto, la febril agitacion que estremecía su cuerpo cesó; gruesas y frias gotas de sudor asomaron á su frente, y sus piernas perdieron su fuerza, su movilidad.

Cayó al suelo desplomado, y extendiendo los brazos como para buscar un apoyo, sus dedos, crispados por el

estertor de la muerte, se agarraron á los bordes de aquel ataúd vacío que estaba allí esperando su cuerpo.

El conde exhaló un grito horrible; quiso huir de aquel sitio, y no pudo: la muerte se habia apoderado de las extremidades de su cuerpo; la sentia avanzar rápidamente hácia su pecho; todo el calor de su vida iba reconcentrándose hácia la cabeza.

Los oidos le zumbaban, trastornando las vagas ideas de su cerebro. Todo cuanto le rodeaba tomó para aquel desgraciado un rojo color de sangre.

—¡Dios mio, Dios mio,—exclamó;—¡qué horrible es morir de esta manera! Yo he apartado durante muchos años mis ojos del cielo, y el cielo me abandona en este trance espantoso de mi vida.

Y como si esta lamentacion, como si estas palabras que comenzaban á indicar el arrepentimiento de aquel escéptico, le avergonzaran, prorumpió en una histérica carcajada; hizo un violento esfuerzo para incorporarse, pero cayó sin lograrlo desplomado, golpeando el ataúd con su cabeza y murmurando:

—¡Maldito sea! ¡maldito sea mi asesino!

La voz comenzó á ahogarse en su garganta; quiso continuar hablando, y no pudo. Sus ojos se hundieron hasta desaparecer en las órbitas. Diríase que buscaban una sepultura dentro del cráneo.

Rápidamente asomaron á su rostro manchas de un color violado; su lengua, gruesa y torpe, apenas podia moverse dentro de la cavidad de la boca.

Esta agonía se prolongó por espacio de quince minutos. El conde no oia, no veia; pero ese resto de vida

que se escapa, ese sacudimiento desesperado del alma al abandonar la materia, transmitian á su cuerpo espantosas convulsiones, y como el náufrago que muere agarrado á la tabla esperando de ella la salvacion, así el conde de la Fe permanecia aferrado á los bordes del ataud con sus crispadas manos, mientras se arrastraba por el suelo rugiendo y blasfemando como un réprobo.

—¡Yo no quiero morir!—decia con voz desfallecida, casi inteligible;—¡yo no quiero morir sin vengarme! ¡Correr toda la vida detrás de ese hermoso sueño, de ese placer de los dioses, y encontrar la muerte sin realizarlo, esto es horrible! ¡Pero qué muerte, Dios mio, qué muerte!... Si al ménos le viera yo morir á mi lado del mismo modo...

El conde exhaló un grito, y se llevó sus temblorosas y crispadas manos á la garganta.

—¡Me ahogo... me ahogo!—murmuró.—¡Mis ojos han perdido la luz, mi cuerpo la sensibilidad!... ¡esto es la muerte, este es el paso fatal del ser al no ser!... ¡Dios mio, si es cierto que hay otra vida despues de esta vida, si es cierto que un instante de verdadera contriccion puede inclinar tu clemencia salvando á los hombres más culpables, yo creo en.....

El conde no pudo acabar: un gruñido sordo se escapó de su pecho, sus labios se agitaron en vano como si pretendiera continuar hablando, y su cabeza, horriblemente desfigurada, que poco antes se habia incorporado para dirigir una súplica á Dios, cayó exánime como un cráneo de plomo sobre el ataud, produciendo un

ruido tétrico, aterrador, cuyo eco fué á perderse por las húmedas galerías de la cueva.

El conde de la Fe habia dejado de existir. Su cadáver, rígido y contraído, se hallaba inmóvil y helado junto al ataud, al pié del fúnebre paño donde estaban inscritos los nombres de aquellas tres mujeres á quienes tanto habia amado y tanto habia aborrecido.

CAPÍTULO V

La última voluntad

¿Qué había sucedido al general Lostan? Vamos á verlo.

Don Pedro, al salir de la cueva seguido de su leal criado Santiago, se dirigió á un pequeño gabinete situado en el piso principal de la quinta.

Una vez allí, cerró la puerta y fué á sentarse en una butaca.

Comenzaba á oscurecer. Santiago encendió un quinqué, y lo colocó sobre una mesa. Luego con los brazos cruzados é inmóvil como una estatua de mármol, esperó las órdenes de su amo.

El general parecia abismado en sus profundas reflexiones. Él por su mano habia vertido el veneno en el vino que sirvió para el primer brindis: tenia, pues, la conviccion de que la misma muerte que el conde iba

á acabar con su existencia, con una existencia que comenzaba á serle insoportable.

Pero él ignoraba que Santiago, su leal servidor, ve-
laba siempre por su amo.

Despues de algunos momentos de profundo y recon-
centrado silencio, el general exhaló un suspiro, levan-
tó la frente y quedóse mirando fijamente á su ayuda de
cámara.

—Mi última hora se acerca, Santiago. Te he con-
ducido á esta habitacion para dejar solo al conde, que
libre de mi presencia, que tanto aborrece, podrá morir
con más tranquilidad y pensar en Dios. Ahora hable-
mos, porque es preciso no perder el tiempo. Dentro de
una hora, los efectos del veneno que circula por mis
venas comenzarán á turbar mis ideas, y yo quiero re-
petirte mis órdenes.

Santiago se inclinó respetuosamente.

—Despues de mi muerte, es decir, mañana, cuan-
do regreses á Madrid, entregarás los tres pliegos que
te he depositado. En mi testamento no me he olvidado
de tí, Santiago, de tí, cuya lealtad me has probado
tantas veces.

El general se detuvo; llevóse la mano á la frente
como si quisiera ahuyentar tristes pensamientos, y con-
tinuó con sentida entonacion:

—El terrible drama que esta noche debe tener lu-
gar aquí, debe ser un secreto para todo el mundo. Sé
que eres hombre de valor, y no ha de amedrentarte la
terrible comision que te confio. El cadáver del conde y
el mio, quiero que duerman juntos el sueño de la muer-

te en la misma sepultura. Quiero que nadie sepa, nadie absolutamente, Santiago, lo que ha sucedido aquí esta noche. Es probable que al encontrarse por las calles de Madrid nuestros caballos sin los ginetes, la justicia tenga empeño en descubrir este misterio tal vez fijen en tí sus miradas, tal vez te se conduzca á un calabozo para obligarte á hablar; pero yo sé que tú no desplegarás los labios para pronunciar una sola palabra, que no han de conmoverte, ni las lágrimas de mi hija, ni las amenazas de la justicia.

—Yo agradezco al señor general el buen concepto que le inspiro, y aunque es difícil y penosa la comision que me confia, la desempeñaré con lealtad y valor.

—Gracias, Santiago: tú siempre has sido para mí un leal servidor, y yo en la última hora de mi vida me complazco en reconocerlo, y te ruego que aceptes como una pequeña muestra de mi gratitud la cantidad que encierra esta cartera, con la cual podrás vivir modestamente sin verte precisado á sufrir las impertinencias de un nuevo amo.

Y el general entregó una cartera á Santiago, que este guardó en uno de sus bolsillos sin mirarla.

En la carta que debes tú entregarle á mi hija, carta en la que le envío mi última despedida sin decirle el triste fin de su padre, te recomiendo como el más fiel de mis servidores, aconsejándola que no te separe de su lado.

—Si la señorita Clotilde desea conservarme á su servicio, yo continuaré sirviéndola con la misma lealtad que á su padre.

OBRA TERMINADA

LAS FÁBULAS DE ESOPHO Y DE GOTOLDO EFRAIN LESSING

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO Y ALEMAN

POR

D. JUAN EUGENIO HARTZEMBUSCH Y D. EDUARDO DE MIER

PRECEDIDAS DE UN ENSAYO HISTÓRICO-CRÍTICO SOBRE LA FÁBULA, Y DE NOTICIAS BIOGRÁFICAS SOBRE LOS CITADOS AUTORES

MAGNÍFICA EDICION ILUSTRADA CON MÁS DE CIENTO PRECIOSÍSIMOS GRABADOS DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS EUROPEOS

La opinion que ha merecido de la prensa en general este precioso libro, nos dispensa el hacer elogios del mismo. Sólo si diremos, que forma un elegante tomo de sobre 250 páginas, todas ellas orladas, tamaño casi folio, en rico papel avitelado.

EL AMOR DE LOS PADRES

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

ANTONIO DE PADUA

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS

LA CARCAJADA

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO)

NOVELA DE COSTUMBRES

POR D. ERNESTO GARCIA LADEVESE

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista D. EUSEBIO PLANAS.